ÚLTIMOS GRANDES ÉXITOS DE

Alberto Insúa

Maravilla y la hiel.
Un corazón burlado.
La batalla sentimental.
Las fronteras de ha pasión.
El negro que tenía el alma blanca.
La mujer que necesita amar.
La mujer que agotó el amor.

De estas novelas de

ALBERTO INSUA

continuamente solicitadas por el púhlico, hay nuevas ediciones a la venta en todas las librerías de España e Hispano-Americá, y en la de

"RENACIMIENTO"

PRECIADOS, 42. MADRID

LIBRERIA RENACIMIENTO

OBRAS COMPLETAS
DE
EDUARDO ZAMACOIS

	Ptas.
La alegría de andar (Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centro América y América del Sur)	6
Europa se va	5
El otro	5
Duelo a muerte	4
Memorias de una cortesana (dos tomos)	8
La opinión ajena	5
Punto negro	4
El seductor	4
Confesiones de un niño decente (autobiografía)	5
El misterio de un hombre pequeñito	5
Memorias de un vagón de ferrocarril.	5
Una vida extraordinaria	5

Preciados, 46.-MADRID

SE HA PUESTO A LA VENTA

UN HOMBRE VISTO POR DENTRO

Magnífica novela pasional del gran escritor

RAFAEL LOPEZ DE HARO

La obra más interesante, la que más bellezas contiene entre todas las publicadas en estos últimos tiempos es, indudablemente,

UN HOMBRE VISTO POR DENTRO

lleva un prólogo amenísimo de ARTEMIO PRECIOSO y una artística portada de RIBAS.

Más de 300 páginas, 5 pesetas ejemplar.

PEDIDOS:

EDITORIAL ATLANTIDA

Y LA NOVELA DE HOY

Mendizábal, 42. Apartado 473.

LA NOVELA DE NOCHE

NUMEROS PUBLICADOS

1. *La hija de la Cortesana*, por **«El Caballero Audaz».**—Ilustraciones de PENAGOS.
2. *Demasiado hermosa*, por **Rafael López de Haro.**—Ilustraciones de RIBAS.
3. *La casa de «La Trini»*, por **Emilio Carrère.**—Ilustraciones de VARELA DE SEIJAS.
4. *El veneno de la aventura*, por **Alvaro Retana.**— Ilustraciones de GUILLÉN DE VILLENA.
5. *El Palomar*, por **Joaquín Belda.**—Ilustraciones de DEMETRIO.
6. *Relato inmoral*, por **W. Fernández Flórez.**—Ilustraciones de DICHI.
7. *Astucias de mujer*, por **Eduardo Zamacois.**—Ilustraciones de VÁZQUEZ CALLEJA.
8. *La comedia de la honorabilidad*, por **Antonio de Hoyos y Vinent.** Ilustraciones de JUEZ.
9. *Los pecados de Carmina*, por **Alberto Valero Martín.**—Ilustraciones de ROBLEDANO.
10. *¡A todo amor!*, por **Felipe Sassone.**—Ilustraciones de PENAGOS.
11. *Miguelillo, el de la Cava*, por **Antonio Casero.**—Ilustraciones de CASERO (hijo).
12. *Felicidad*, por **Alberto Insúa.**—Ilustraciones de VÁZQUEZ CALLEJA.
13. *Un consentido*, por **Juan Ferragut.**—Ilustraciones de IZQUIERDO DURÁN.
14. *El Diablo con faldas* por **Alvaro Retana.**—Ilustraciones de DEMETRIO.

47/1498946

Por causas ajenas a nuestra voluntad no podemos publicar hoy, como teníamos anunciado, la novela de

JOAQUIN BELDA

titulada

EL CUARTO DE BAÑO

En sustitución de ésta, publicamos

EL DIABLO CON FALDAS

de

ALVARO RETANA

autorizada por la Censura.

LA NOVELA DE NOCHE
PUBLICACIÓN QUINCENAL
APARTADO 473

Año I. Madrid, 15 de octubre de 1924 Núm. 14.



ALVARO RETANA

EL DIABLO CON FALDAS

ILUSTRACIONES DE DEMETRIO

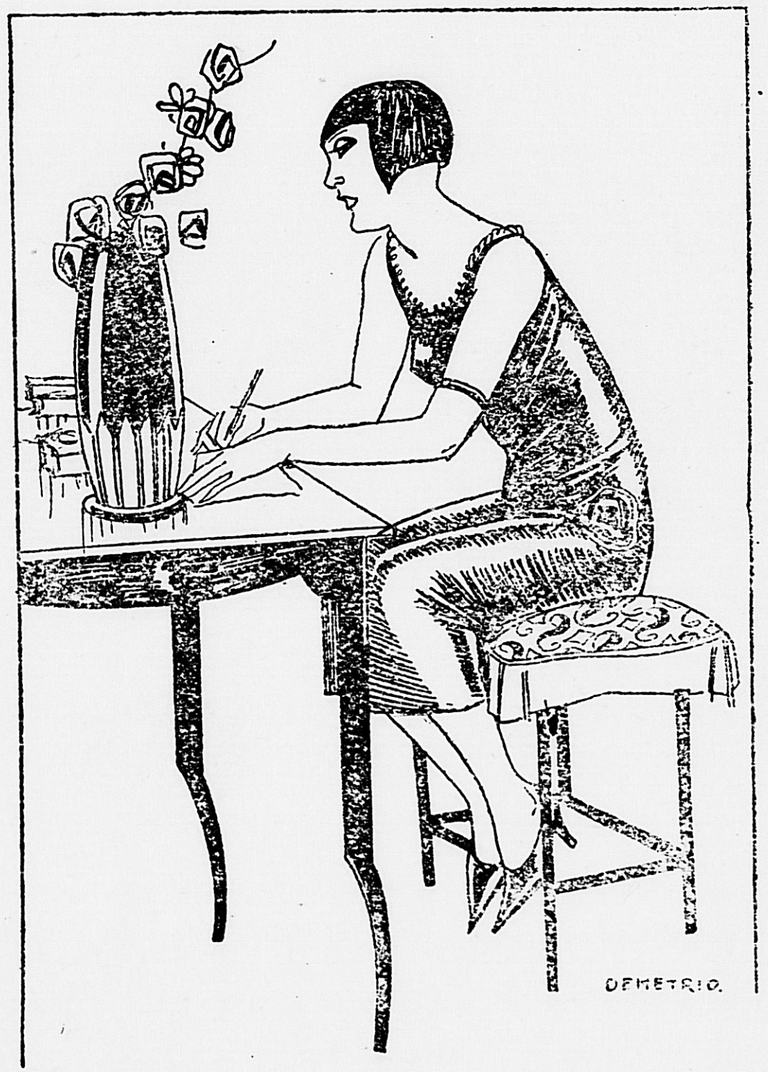
R 322844

I



ARIAS personas de las muchas a quienes he anunciado mi propósito de publicar estas Memorias antes de embarcarme para América, habrán pensado sonriendo interiormente: "De seguro que Angelita, en unas horas de ocio, ha cogido la pluma para emborronar cuartillas acumulando incongruencias". Hasta es muy posible que algunos maliciosos piensen que ni siquiera las he escrito yo.

Quien de uno u otro modo pensara, se



Hasta piensen que ni siquiera las he escrito yo.

equivocaría. Yo no he cogido la pluma para hilvanar vaciedades, ni para competir con "Colombine", ni para cultivar el autobombo, ni siquiera para molestar a nadie, sino únicamente por esa necesidad imperiosa que algunas veces sentimos las mujeres de hacer confesión pública de nuestros yerros y locuras, para sincerarnos ante la opinión pública, que a veces se extraña lamentablemente por razones incomprensibles, creando en torno nuestro· aureolas que conviene disipar.

Ya hacía tiempo que tenía yo ganas de desembuchar estas intimidades—que algunos tildarán de peligrosas, por ser demasiado sinceras—para que mis amigos y admiradores juzgasen serenamente varios actos de mi vida, que ciertas almas poco caritativas han mixtificado, ignoro con qué fines. Y con el firme propósito de abrir mi corazón de par en par, sin miedo a una pulmonía moral, voy

tengo derecho á colocar los puntos sobre las íes y a expresarme de manera que cuantos me admiran como artista y me temen como mujer, sepan que yo, a pesar de mis canciones picarescas, de mis toaletas sugestivas y de mis guiños insinuantes, no soy el diablo con faldas, como pretenden las madres de familia, sino una buena chica, incapaz de causar ningún mal a nadie y que nunca ha pecado sino con lo que era suyo, tan suyo, que nadie podía oponerse a que dispusiera libremente de lo que tan legítimamente me pertenecía...

II

Dice Jacinto Benavente en una de sus obras, que de maridos engañados y de edades no debe hablarse entre personas de buena sociedad. Yo, sin embargo, afortunadamente, todavía estoy en condiciones de decir los años que tengo. No tengo inconveniente en confesar que he cumplido veintiséis hace muy pocos días.

Me hallo, pues, en la plenitud de mi vida, y sin atreverme a calificarme de guapa completamente, me permitiré la inmodestia de decir que no me encuentro mal del todo. Por el espejo he comprobado que mis ojos son

yo, era algo romántica y no arrastraba una vida principesca; así que ahora, que ya ha pasado "lo que tenía que pasar", yo misma me asombro de haberme mantenido tantos años sin dar que hablar a los murmuradores.

Mis padres fueron dos notables actores, que siempre pusieron de su parte cuanto procedió para que yo no conociera las intimidades de la farándula. Pero sin duda mi destino era continuar la carrera de mis progenitores, porque desde muy niña fuí dominada por una irresistible vocación artística que me llevaba a cantar y bailar en el colegio, para distracción de mis compañeras de estudios.

Mi madre, que es sevillana, estrenó en Apolo varias obras importantes, y desde los diez y ocho años su trabajo preferido era el de característica. Mi padre, también sevillano, fué un tenor muy aplaudido que can-

tó con Ripoll y la Montañés en Novedades, de Barcelona, y Berges, en Madrid, y figurando en la compañía de Cereceda obtuvo grandes éxitos como intérprete de *La Mascota, Bocaccio, Rip-Rip* y otras célebres operetas.

Yo nací en Málaga durante una temporada desastrosa desde el punto de vista económica, y a las pocas semanas fuí llevada a Valencia, donde transcurrió mi niñez.

Allí fuí al colegio, y aún recuerdo claramente aquellos divertidos paseos que me daba por la huerta en compañía de mi abuelo. Los domingos, si había sido buena durante la semana, me llevaban al teatro; pero siempre al público, pues a mi padre le contrariaba sobremanera mi afición al arte de Talía y me tenía prohibida la entrada en el escenario.

Pero como el hombre propone y la mujer

dispone, yo supe comportármelas de tal suerte, que a los catorce años, cuando aún iba de corto por la calle, conseguí que me dieran un papelito en la obra *El estuche de monerías,* que se representaba en el teatro Ruzafa, y me presenté al público con tanto éxito, que el empresario, cautivado por mi desenvoltura y la discreción con que cumplía mi cometido, decidió, para estímulo mío, asignarme un sueldo de ¡cinco pesetas! para alfileres.

Mi primer papel de importancia fué el de Quiqueta en *La alegría del batallón,* y después, contratada para Las Palmas, canté con el tenor García Romero *La princesa del dólar.* Entonces ganaba cuatro duros diarios, que por aquella época era un sueldazo, y con las mismas veinte pesetas actué en Valencia la temporada siguiente. Pero en Barcelona me ofrecieron el puesto de prime-

ra tiple, con nueve duros de sueldo, y acepté, debutando en el teatro Cómico con *Las bribonas.* Compartí el éxito con la Soler; pero, al interpretar *El país de las hadas,* mi triunfo me consagró como la tiple predilecta de los barceloneses. Fué tal mi éxito, que una casa cinematográfica de la ciudad condal me contrató para filmar unas películas, y concluída la temporada hice una productiva *tournée* por Granada, Sevilla y Málaga.

III

El momento más temido y deseado fué para mí la presentación en la corte, que podía significar mi triunfo o mi derrota, mi fracaso o mi consagración, y tuvo lugar en el teatro de la Zarzuela, con la opereta *La generala*.

Yo me resistía a debutar con esta obra, interpretada por artistas muy notables y queridos del público madrileño, y temía salir perdiendo en las comparaciones, que siempre han sido odiosas; pero exigencias del plan de trabajo de la dirección me obligaron a estudiar esta hermosa opereta del

maestro Vives, ante quien empecé a repasar la partitura azaradísima. Cuando acabé de cantar la canción del Arlequín, don Amadeo dejó caer sus manos sobre el piano y exclamó entusiasmado:

—Debuta con *La generala* sin el menor miedo, muchacha, que te aseguro un ruidoso triunfo.

A pesar de aquellas palabras alentadoras continué los ensayos dominada por un invencible terror, y la noche de mi debut fué quizás la más angustiosa de mi vida. Desde que se subió el telón, yo sentía mi corazón latir acelerada y fuertemente, como si quisiera saltar del pecho, y cuando terminé el Arlequín estaba tan nerviosa que me sentí morir. Pero al advertir que el público me dispensaba una amable ovación y que me obligaba a repetir la romanza, reaccioné y concluí la obra embriagada de alegría.



—Debuta con *La generala* sin miedo...

Juzgué que ya había celebrado mis bodas con el Exito, puesto que Madrid me consagraba, y mi satisfacción no tuvo límites al ser encargada por el autor de *La generala* del principal papel en el estreno de una obra suya.

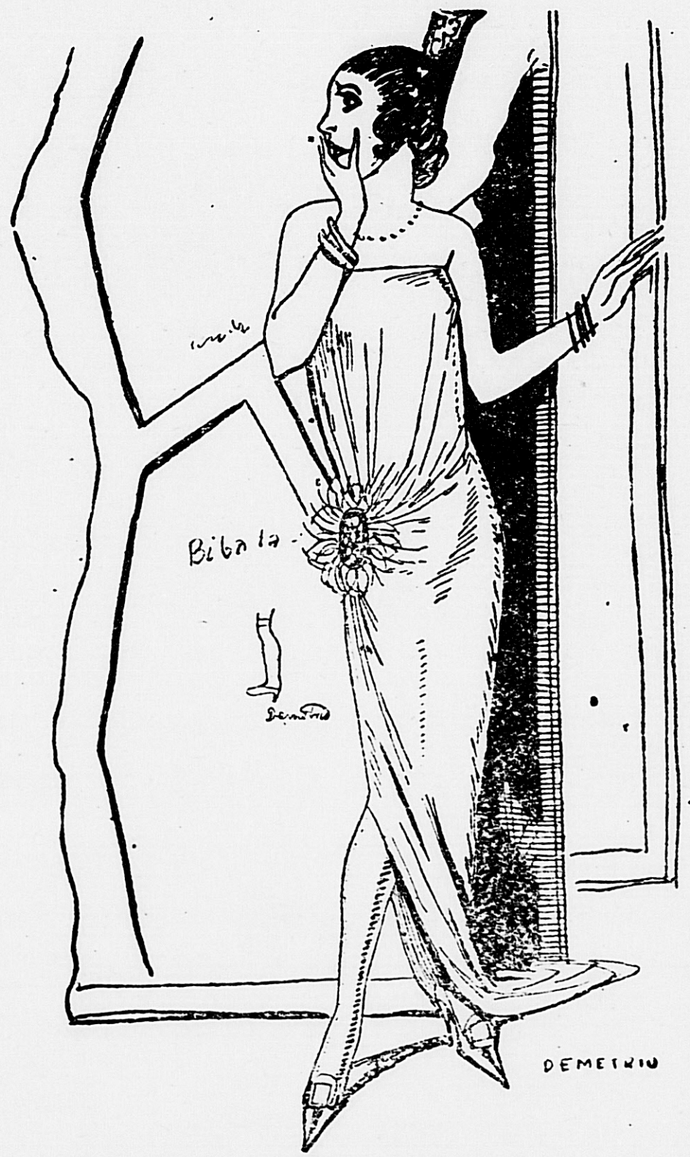
Un día, el maestro Vives, a quien tanto admiro, quiero y debo, me llamó aparte y me dijo:

—Oye, Angelita, va celebrarse una función benéfica en Eslava; pero da la casualidad de que, aunque es para auxiliar a españoles, todos los artistas que van a trabajar son extranjeros. Yo he ofrecido aportar mis canciones epigramáticas; pero quiero que el público las conozca bien, y nadie mejor que tú puede llevarlas al éxito.

—Cuente usted conmigo—aseguré a don Amadeo, orgullosa de aquella distinción con que me honraba.

Y entonces empezaron unos terribles días de ensayo, pues sólo faltaban cinco noches para la función y aun no las había oído yo. Tuve que aprendérmelas con una agobiante rapidez, y ese pánico incurable, ese miedo que siempre se ha apoderado de mí cuando he acometido una empresa de trascendencia, volvió à atosigarme.

Fuí a Eslava muertecita de miedo, obsesionada por el temor a que mi trabajo fuera mal recibido, y mi nerviosidad subió de punto cuando observé que el público significaba su desagrado a algunos números del programa. Yo temblaba empavorecida, deseando que no me llegara nunca el turno, y cuando me dijeron: "Señorita Polanco, a escena", salí con pavor indescriptible. Me presenté luciendo un traje de noche, que me había hecho confeccionar para el caso, y adornada mi cabeza con una peineta españolísima de



Yo temblaba empavorecida...

colosal tamaño, y el público, hostil y receloso con el espectáculo anterior, tornóse amable y complacido ante mi aparición y rompió en aplausos. Aquello me prestó bríos y canté las creaciones de Vives bastante mejor de lo que yo esperaba, siendo premiada con unas ovaciones clamorosas, que me indemnizaron cumplidamente de las angustia por que había atravesado hasta el momento.

Aquella noche, en los teatros se comentó favorablemente para mí el éxito de las canciones de Vives; y pocos días después vinieron a contratarme para el teatro Frívolo.

Entonces me dí cuenta de que *había llegado;* pero hasta en el nuevo teatro en que iba a actuar seguía persiguiéndome el miedo. Un miedo ridículo *a no sé qué,* pero un miedo que me desconcertaba.

Para mi debut había elegido *El conde de Luxemburgo,* y ensayaba la obra con ver-

dadero entusiasmo y confianza. Mis compañeros me alentaban prediciéndome un triunfo seguro; pero el día del ensayo general me ocurrió una cosa chistosísima.

El teatro estaba lleno de autores, críticos, empresario, artistas, amigos de la casa, y yo, con gran asombro del primer actor, me sabía admirablemente mi papel. Sin miedo ninguno me desenvolvía por la escena con la misma tranquilidad que si estuviera en mi casa, y yo misma me asombraba de haber espantado el miedo..., por lo menos en aquella noche memorable. Mas en el primer acto, de repente, cuando estaba sentada en una mesa y levantaba un brazo para subrayar la picardía de una frase, ¡zás!, se rompe una tabla y mi cuerpo juncal que se va al suelo.

Me levanto azaradísima, llevándome la mano al sitio más castigado en la caída; a pesar de su dureza y tratando de vencer al ridículo, exclamo desenfadada:



D.

y levantaba un brazo para subrayar la picardía...

—No ha sido nada. Continuemos. Menos mal que esto no me ha ocurrido en el debut..., porque entonces... me suicido.

Al día siguiente tuve una noche felicísima, aunque, claro es, obsesionada por el miedo de volverme a caer de la mesa en el momento culminante de la obra; y pocos días después fuí favorecida en el reparto de *La señorita Voluptuosidad* con el papel más importante.

Aquella obra. fué mi consagración estrepitosa y definitiva, y como por arte de encantamiento, me vi convertida en una de las artistas predilectas del público madrileño. Se celebraba mi creación de Ninette, y se entonaban himnos a mis seducciones de coqueta irresistible. Entonces yo fuí el tipo de la pecadora ideal, apetecida por todos los hambrientos de sensualidad; el diablillo avivador de lujurias, cuyas gracias sólo eran



Entonces yo fuí el tipo de la pecadora ideal...

tentaciones. Se cotizaron mis sonrisas, mis miradas, y mis pantorrillas se magnificaron con el prestigio de la adoración unánime. A mí me producía asombro verme repentinamente ascendida a la categoría de diosa mayor de la mitología teatral madrileña y verme tan asediada por unos y otros, como si fuera una golosina de valor incalculable.

—Pero, Señor, Señor, ¿qué tendré yo?—me preguntaba mentalmente.

Lo que no sabían mis adoradores es que aquella incitante señorita Voluptuosidad, aquella muñequita, al parecer flor de pecado y perversidad, era una muchachita honesta, que, concluída la función, retirábase a su casa, un modesto pisito de la calle de Colmenares, decorado sencillamente, a compartir con su madre y su abuelo una existencia que no tenía nada de suntuoso.



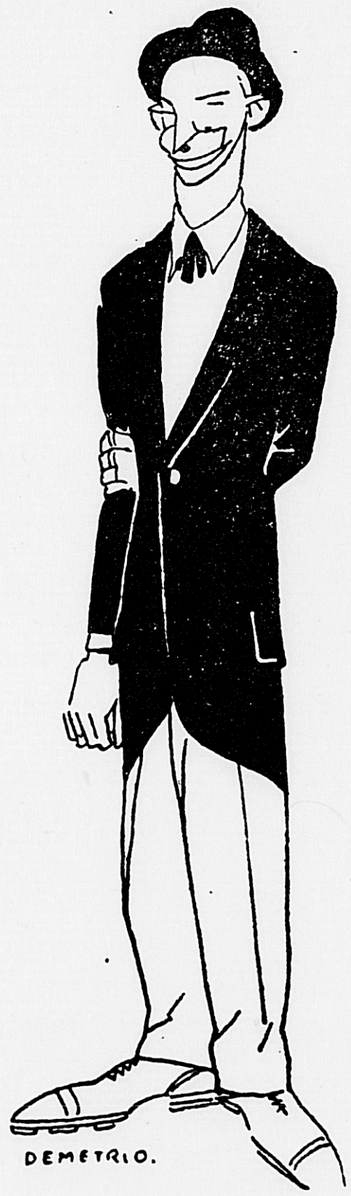
... era una muchachita honesta...

Sí, debo decirlo; no me ruboriza. El lujo que yo ostentaba en *La señorita Voluptuosidad* significaba muchas privaciones. Yo ganaba entonces en el teatro Frívolo *siete duros,* y con aquel sueldo había de vestir lujosamente las obras y sostener a los míos. Yo esperaba días mejores, y por eso no concedía importancia a la modestia de mi vida. Reía, alegre y confiada, soñando con la gloria y las riquezas, segura de que pronto brillaría el resplandor de una soberbia aurora. Y cuando entraba en escena me desquitaba de la modestia de mi hogar, sintiéndome realmente bella, rica y codiciada. Entonces es cuando yo verdaderamente vivía. Aquello era una realidad y mi vida una comedia. Cuántas veces, lo aseguro, al terminar la función y regresar a casa, pensaba yo por el camino:

—Pero, Señor, ¿por qué no podríamos prolongar las bellas mentiras de la opereta? ¿Por qué no podría yo seguir siendo la señorita Voluptuosidad después de bajar el telón?...

IV

Una de las cosas que más me divertían en aquella época, que pudiéramos llamar de mi coronación, era el homenaje idólatra de numerosos individuos que no faltaban ni una sola noche al teatro Frívolo. Yo contaba con un escuadrón volante de contumaces adoradores, que me devoraban desde sus localidades y sonreían al *cazar* un gesto mío, creyendo de buena fe que iba dirigido a ellos. El que más y el que menos se relamía pensando: "¡Me ha mirado! ¡Esta está por mí!" Y yo me divertía inocentemente, a costa de la candidez de tantos tenorios pro-

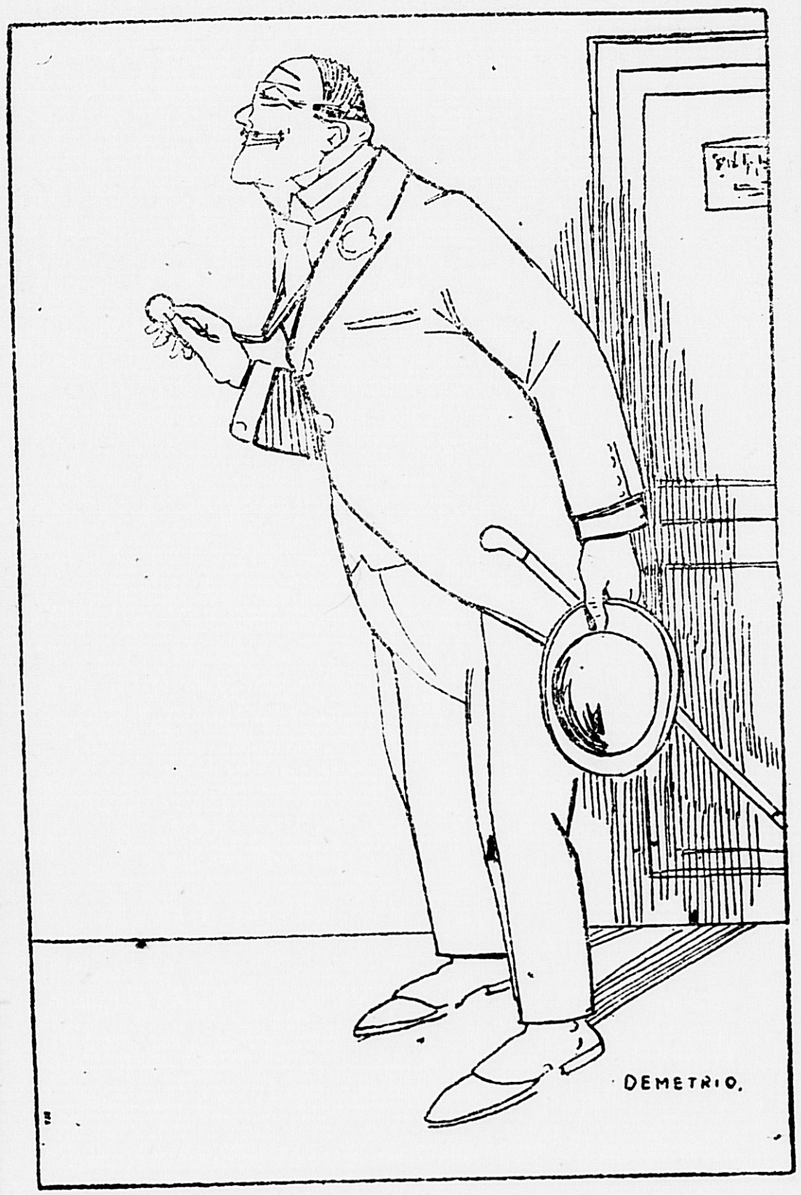


... por jovencitos ingenuos...

fesionales, que creían que conmigo no había más que llegar y pedir hora, que yo era una de tantas vulgares pecadoras, dispuestas a creer en las promesas y juramentos del primer doncel con buen tipo que me galantease.

Yo me veía asediada implacablemente por jovencitos ingenuos, por hombres maduros, por viejos corridos, que en cuantas obras tomaba parte me testimoniaban una fidelidad de pretendiente asombrosa, sobre todo teniendo en cuenta que, a pesar de la insistencia con que pedían, yo no concedía nada.

Recuerdo que una vez recibí un ramo de flores y una carta de un estudiante de Medicina que me decía, sobre poco más o menos: "Señorita Angeles Polanco: Asiduo concurrente al teatro Frívolo, donde usted actúa, he podido observar que me mira y sonríe usted con una insistencia sospechosa. Yo, desde luego, no formo parte, no figuro



... por viejos corridos...

en el cortejo de sus adoradores; pero teniendo en cuenta que usted, al fin y al cabo, es una bonita mujer y la artista de moda, no tengo inconveniente en entablar relaciones con usted, si es que verdaderamente la inspiro algún interés. Hombre galante con las damas, sentiría que usted confundiese mi corrección con timidez, por lo cual le ruego me autorice para saludarla en su camerino, y allí veremos si podemos llegar a un acuerdo. *Fulanito de Tal.*"

Ni que decir tiene que la noche en que recibí el ramo de flores y la anterior carta le puse al estudiante de Medicina una cara de perro que disipaba toda duda, y al día siguiente volvió a escribirme pidiéndome mil perdones por su equivocación. Reconocía que había interpretado mal mis sonrisas, y continuase favoreciéndole con mis miradas, que eran para él bastante más interesantes que sus estudios de Anatomía.



... recibí un ramo de flores y una carta...

Otra noche, un tramoyista me entregó una graciosa epístola que todavía conservo.

"A la más linda y gentil de las condesas, a la señorita Voluptuosidad; una condesa que sería emperatriz si volviese a nacer Napoleón:

"¡Con qué gesto adorable de sorpresa empezará usted a leer estos renglones!

"Y su sorpresa—si antes no se trueca en indignación — llegará al colmo cuando advierta que son de un desconocido.

"Yo—sabrosísima Angelita, digna de ser cantada por Rubén Darío — soy un pintor joven, merced al cual seguramente habrá usted experimentado más de una agradable sensación estética. He saboreado las delicias del éxito y he visto, lleno de indescriptible asombro, cómo mujeres admirables y admiradas han venido poco menos que a ofrecerme de rodillas una devoción y una sim-

patía que derivaba en complicación amorosa.

"Pero hasta ahora yo no había visto brillar para mí ese rayito azul de la ilusión de que hablan los poetas. Yo no sabía lo que era sentirme dominado por una curiosidad elegantemente romántica. En suma: que vivía entre el amor sin saber lo que era el amor. Vivía, como la princesa del bosque durmiente, un sueño de encantamiento, esperando que alguien viniese a tocar mi corazón con la varita mágica que le hiciese despertar.

"Y he aquí que hace algunas noches, al ir a verla en el último estreno del teatro Frívolo, el trabajo de usted me volvió completamente tarumba. Y suspiré gozosamente, advirtiendo que *por primera vez en mi vida* encontraba una mujer que me hacía conocer el rayito azul de la ilusión.

"Usted, afortunadamente, es una mujer

nacida para ser adorada por hombres de una posición social superior a la mía. Frecuenta usted un mundo en el cual no nos podíamos encontrar, porque aunque yo tengo familia aristocrática, mi arte me obliga a permanecer alejado de la *buena sociedad*, y es usted, por tanto, una quimera imposible para mí. Tendrá usted su amante, un envidiable amante, con el cual bromeará usted leyendo estos renglones, y la barrera entre usted y yo será más infranqueable. Además tiene usted fama de altiva, lo cual la realza ante mis ojos, y yo también tengo el orgullo que nos concede el éxito—cuando este éxito nos lo ha concedido el público—, y, llegado el momento, seríamos incompatibles. Pero no quiero privarme de mandarle esta epístola, felicitándola por el hecho insólito que la motiva.

"Los retratos de usted han inflamado a

un artista que, además de pintor, es joven y guapo — modestia aparte—, y ha puesto usted un lacito color de rosa en la monotonía gris de su vida. De hoy en adelante será usted para mí la más tierna y lejana de las musas: el recuerdo poético que me alegre en los momentos de soledad tediosa.

"Para expresar a usted de una manera "florentina" la grata impresión que me ha producido en *La señorita Voluptuosidad,* agradecido a ese rayito azul que ha encendido usted sin darse cuenta en beneficio espiritual mío, pido a usted permiso para enviarla un obsequio que en nada la ofende, y que yo sería muy honrado si no lo rechazara.

"Estoy pintando su retrato de memoria, y le ruego le acepte, aunque irá sin mi firma.

"A mí, el pintor mimado por las mujeres a la moda, me mortificaría grandemente ser

rechazado por la única mujer que me ha inspirado amor, y como no me quedaría tranquilo sin expresarle—aunque de una forma ambigua—mi devoción, es por lo que recurro a este procedimiento.

"Aguarde, pues, un día de éstos su retrato, que estoy acabando con unción religiosa."

Naturalmente que transcurrieron varios días, semanas y hasta meses, y el retrato no pareció.

Sin duda, a mi extraño enamorado le parecería más provechoso cambiarle un poco los rasgos de mi cara y venderlo después de concluído. A menos que le hubiese quedado tan rematadamente mal que no me lo enviara por miedo a hacer el ridículo.

V

Voy a entrar en la parte más deliciosa y triste de mi vida: en el momento de mi apoteosis sentimental.

Una noche en que representábamos *La señorita Voluptuosidad*, advertí que Curro Montes, el celebrado astro, orgullo de la torería, presenciaba la función desde una platea y me aplaudía calurosamente. Josefina Villares, la otra primera tiple cómica de la compañía, me dijo aquella misma noche, irrumpiendo en mi camerino:

—Oye, Angelita; me figuro que habrás visto a Curro Montes en el teatro. Desea

conocerte; si tú quieres, te lo presentaré.

—No me traigas toreros — respondí—. Me revienta la gente de coleta.

Al día siguiente, Curro Montes volvió al teatro Frívolo, y otra vez mi compañera insistió en presentármelo.

Yo volví a rehuir la presentación; pero a la tercera noche, la Villares me dijo algo apurada:

—Mujer, no me desaires. Currito está abajo, en mi cuarto, y se empeña en que le presente a ti.

Ya no supe negarme ante la insistencia del torero, y fuimos presentados. El se encontraba en Madrid para tomar parte en la corrida del domingo, y me dijo:

—¿Le gustan a *usté* los toros, Angelita?

—Sí, me gustan — contesté por cortesía.

—Pero voy poco.

—¿Va *usté* a la corrida del domingo?



—Mujer, no me desaires.

—No; no hemos tomado localidad. No pensábamos ir...

A la mañana siguiente recibí una soberbia cesta de flores, y en el centro de ella una bombonera con una servilletita de encaje, donde había bordado un corazón, y dentro de ella dos barreras del tendido uno, para la corrida que él torearía.

Me dispuse a ir todo lo más acicalada posible para corresponder a tan galante invitación; pero a última hora, temerosa de llamar excesivamente la atención, decidí prescindir de la clásica mantilla y ponerme un sencillo sombrero.

En toda la tarde, que fué para el espada una de las mejores de su vida taurina, no me perdió un solo momento de vista, y lo mismo cuando terminaba un lance qué cuando finalizaba un quite, sus ojos corrían a buscar los míos.

A veces hacía como que miraba otra cosa y a otro sitio; pero yo *sentía* fijamente clavados sus ojos en los míos.

Mi madre lo notó y me dijo al oído:

—Angelita: ese muchacho no hace más que mirarte.

—Es que como nos ha enviado las localidades—respondí yo—, querrá ver el efecto que nos causa su trabajo.

Y como mi madre insistiese con una broma, añadí:

—¡Cualquier día tenía yo un novio torero! ¡Con lo que se debe sufrir! ¡Siempre con el alma en un hilo!...

Curro Montes fué aclamado estrepitosamente, y yo, entusiasmada, también rompí a aplaudir, contagiada por aquel entusiasmo general que las faenas del torero despertaban en la plaza, y por la noche, antes de salir yo a escena, me dijeron que Currito estaba en el teatro.

—Le has enganchado por la faja — exclamó el primer actor, guiñándome un ojo.

Terminada la obra, que Montes aplaudió entusiasmado, subió un amigo de él y mío para decirme:

—Curro me encarga que te diga que tendría mucho gusto en tomar una copa de *champagne* contigo en el Palace..., en un café..., donde tú quieras.

—Pues dile a Curro—contesté — que se lo agradezco mucho; pero que no tengo costumbre de irme a tomar *champagne* con nadie.

Al poco rato subió Curro Montes algo contrariado, para rogarme que no me negase a festejar el éxito de la tarde. Iríamos todos juntos a celebrarlo a algún sitio.

—*Usté* ha sido la que me ha *traío* la buena suerte. Como sabía que *usté* me miraba, he *echao* el resto. Así que a *usté* debo agra-



D.

—*Usté* ha *sío* la que me ha *traío* la suerte.

decerle el triunfo de esta tarde, la mejor de mi *vía*.

Pero yo le hice comprender el fundamento de mi negativa.

—Comprenda, Curro, que siendo usted el torero de moda y yo la Polanco, después de su éxito de esta tarde y con la popularidad que yo tengo, si nos ven juntos nos van a seguir hasta los gatos.

Currito no insistió y se despidió cabizbajo; pero antes de marcharse insistió, sin *perder la esperanza*, con ese aire del pobre porfiado que sabe que al fin recogerá su mendrugo:

—Yo me marcho mañana; pero cuando vuelva por Madrid tenemos que almorzar algún día juntos.

Al otro día, el primer actor me repitió aquello de "chiquilla, lo has enganchado por

la faja", porque hablando con Curro Montes éste le había asegurado:

—¿Sabes que me ha *interesao* esa muchacha? ¡Hay que ver! A *toas* las que le propongo una *juerguesilla aseptan enseguía;* pero ésta es la primera que me ha dicho que no. Pero ella no sabe que yo vuelvo. ¡Vaya, que vuelvo por ese *almuerzo prometío!*

Volvió, en efecto, y muy cortés me propuso almorzáramos juntos, según había yo prometido; pero como el muchacho comprendió que yo no estaba muy dispuesta a exhibirme con él, renunció discretamente por el momento al ágape, y ya no volvimos a vernos en una larga temporada, porque su agitada vida de torero apenas le permitía pasar por Madrid.

El recorría España entera en triunfo cumpliendo sus contratos, y yo proseguía confinada en mi arte, haciendo de muñequita frí-

vola y perversa, avivadora de deseos, devorada por la ambición íntima de la Gloria y el Dinero.

El amor todavía no había llamado a la puerta de mi corazón: se había limitado a hacerme guiños desde la acera de enfrente...

VI

Un buen día, un antiguo amigo de mi padre, que entonces desempeñaba un importante cargo en la Policía madrileña y que me quería grandemente por haberme conocido desde muy niña, me envió a decir por otro amigo nuestro que nos esperaba a mí y a mi madre en Tournié para almorzar juntos y darnos una sorpresa.

Como aquel día yo no tenía ensayo, y este amigo de mi familia era todo un caballero, correctísimo, acepté jubilosa la invitación, suponiendo que la sorpresa consistiría en el menú. Llegamos mi madre y yo al restau-

rant, y en el reservado número 1 nos encontramos una mesa preparada como para una comida de reyes. Apenas llevábamos unos minutos de espera cuando oímos la voz de nuestro amigo en el pasillo suplicando a alguien:

—Pasa, hombre, pasa. No te asustes, que no te van a comer.

Y al abrirse la puerta apareció Currito Montes, que exclamó demostrando la mayor alegría y estupor:

—¡*Josú* qué suerte tengo! ¿Esta era la sorpresa? ¡Con las ganas que tenía yo de *ve* a esta *mujé!*

Yo miré severamente al amigo de mi padre, y éste, sonriéndome, explicó:

—Tú para mí también tienes el pecho de cristal, y como sabía que este almuerzo había de gustaros a los dos, por eso lo he concertado.

—¿Y usted qué sabe si me había de gustar a mí?—murmuré.

—Después de todo, te alegrarás—aseguró jovialmente.

La comida fué animadísima, porque Currito era un muchacho muy alegre e ingenioso, y como todo en él respiraba salud y buena fe, a su lado se olvidaban las preocupaciones. Aquel ágape, que transcurrió en medio de la mayor cordialidad y simpatía, tuvo una repetición y diferentes veces volvimos a almorzar juntos el torero y yo: yo siempre acompañada de mi madre, y él de amigos suyos de las más encumbradas posiciones sociales.

Insensiblemente Currito iba interesándome, porque ni me hacía el amor ni se mostraba orgulloso de su categoría de ídolo. El niño mimado del público, el galán codiciado y perseguido por tantas mujeres de España,

era en su intimidad una criatura galante y sencilla, un chiquillo sano de espíritu, que se distraía con cualquier quisicosa. Era extraordinariamente inteligente y miraba con tal inocencia, expresándose siempre en unos términos tan cariñosos, que no parecía ni un torero ni un ídolo.

A mí, ¿para qué negar?, me envanecía aquella preferencia con que me distinguía, y como además el chico era guapo, tenía una gran figura y era el hombre de moda, me agradaba su amistad. Pero como estábamos en una situación tan extraña, porque ni se declaraba a mí ni parecía tener trazas de concluir aquella cordial intimidad, decidida a concluir de una vez con el equívoco en que nos manteníamos, le espeté una noche en mi camerino:

—Mire, Curro: esto no puede seguir así. Estamos almorzando casi todos los días jun-

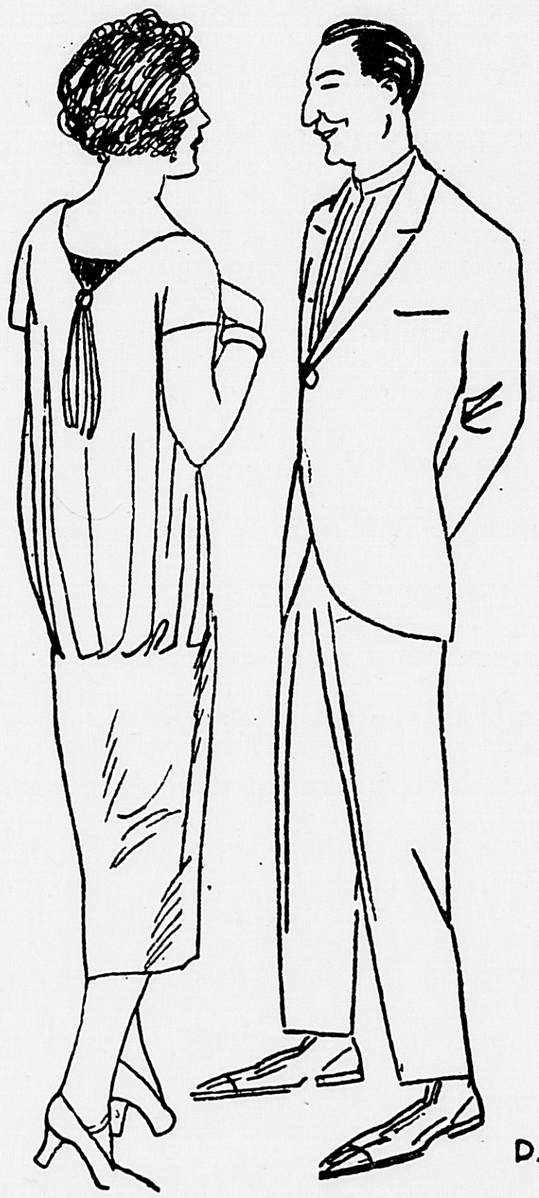
tos; todas las noches viene usted al teatro a verme, y la gente que nos observa está empezando a murmurar. Este régimen de vida como si fuéramos novios tiene que concluir.

Curro Montes, mirándome muy fijo, enrojecido repentinamente y con voz velada, exclamó:

—Pero *oigasté,* Angelita. ¿Y por qué no habíamos de ser novios de *verdá?*

Yo entonces me eché a reír, y aprovechando que estábamos en el cuarto, sin más testigos que mi madre, le expuse que no le creía con la constancia suficiente para mantener unas relaciones formales. El estaba muy solicitado, era el niño de moda y no podría guardarme la fidelidad que yo, terriblemente celosa, exigiría. Además, yo temía también enamorarme, porque si llegaba a quererle mucho, mucho, sería muy desgraciada.

Cuando Currito oyó aquello de mucho,



D.

¿Y por qué no habiamos de ser novios de *verdá?*

mucho, se le caían los párpados de emoción y prometió y juró con tal acento de sinceridad, que hubiera ablandado a una estatua de mármol. Pero yo me mantuve inconmovible, afirmando que mi decisión era irrevocable. Sin embargo, unas semanas más tarde, cuando él volvió por Madrid e insistió en sus pretensiones, no sé lo que pasó por mí, pero lo cierto es que cerré los ojos... y le dije que sí.

Y entonces dió comienzo para mí una temporada de felicidad que jamás se borrará de mi mente. Fuí dichosa como no puede serlo más una mujer, porque él significaba para mí el triunfo sobre todas las numerosas mujeres que le cercaban, y además me sentía verdaderamente querida por él.

Yo me contrariaba por no tener motivos para mostrarme celosa. Hubiera querido sorprenderlo en alguna pequeña infidelidad; pe-

ro, sin embargo, no había manera. Me prefería a todas, me lo demostraba de una manera tan clara, que mi alegría y mi vanidad llegaban al límite.

Su amor iluminaba mi vida de artista con resplandores fascinantes, y lo que más me seducía de él era su serenidad moral y su equilibrio de enamorado. Era amable, bondadoso, educado, y en sus menores actos revelaba la superioridad de su espíritu. Era un verdadero gran señor, siempre pendiente de no herir delicadezas y de aparecer modesto y exquisito. ¡En fin, no parecía torero! ¡Les digo a ustedes que era como para comérselo!...

VII

Un día que estábamos Currito, mi madre y yo en la sala de mi casa de la calle de Colmenares, me suplicó el muchacho:

—Oye, Angelita. Haz el favor de darte una vuelta por el comedor, porque yo tengo que hablar con tu madre de unas cosas que tú no puedes oír.

Yo obedecí, y la conferencia de mi madre con Currito duró más de una hora. En ella el matador expuso noblemente a mi madre que él, por el momento, no estaba en condiciones de casarse; pero que deseaba formalizar aquellas relaciones. El comprendía que

yo era una muchacha honrada; pero como tampoco íbamos a estar perdiendo más el tiempo, él deseaba una intimidad definitiva. Y como no era razonable que siendo novios oficialmente continuásemos viviendo nosotras en aquel modesto piso de la calle de Colmenares, pedía permiso para instalarnos en otra vivienda más confortable.

Mi madre se reservó la respuesta a aquella proposición verdaderamente trascendental que tenía que dilucidar conmigo, y durante unos días vivimos en perpetua zozobra, meditando sobre la gravedad de aquel paso definitivo que iba yo a dar en mi existencia.

Mi madre me dejaba en *total libertad de acción*. No quería aceptar ninguna responsabilidad en la aventura. Ella sólo aspiraba a mi felicidad, y si yo creía que con él podía serlo..., allá yo.

Consulté al director artístico, quien me dijo con toda sinceridad:

—Mira, chica. Libre e independiente eres, y si Curro te gusta, cuanto antes mejor. No creo que pienses estar "así" toda la vida, y después de todo, aunque no te vayas con él, no creas que va a mejorar tu concepto en la opinión pública. Después de todo ya te lo dan por comido.

Algunas veces, cuando mi madre y yo empezábamos a tocar este asunto, nos invadían unos rubores tan comprensibles, que cambiábamos de tema; pero como Curro apremiaba, como yo le quería y como había que decir que sí o que no, pues... decidí jugarme mi porvenir a cara o a cruz. Cogí una perra chica—¡una modesta perra chica!—y le dije a mi madre: si sale cara, le digo a Curro que bueno, y si sale cruz, le doy calabazas. Eché la perra al aire y... ¡salió cruz!...

—¡Dios mío de mi alma!—exclamé—. ¿Y cómo le digo yo a Currito que no, con lo que



D.

... si sale cara, le digo a Curro que sí...

le quiero y lo felices que podemos ser los dos en un nido de amor muy bien puesto, con ascensor, cuarto de baño, pianola?... No, no, no. Voy a hacer otra cosa, mamá. Vamos a llamar al perro y al gato: si viene el perro, le digo que sí, y si viene el gato, que no.

Nos ponemos a llamarlos y... llega primero el gato.

—Bueno, mira, mamá, vamos a dejarnos de tonterías. Lo mejor es que le diga que sí, porque él me quiere mucho y yo estoy por él más loca que una cabra.

Y aquella misma noche, cuando él llegó a mi camerino del teatro Frívolo, al darme la mano le entregué disimuladamente un papelito blanco, donde sólo ponía con tinta azul: Sí.

VIII

Mi nueva casa fué un hermoso pisito de la calle de Alfonxo XII, desde cuyos balcones se divisa perfectamente gran parte del Retiro.

Fué Currito quien, con delicadeza incomparable, se ocupó de decorarlo y amueblarlo, dotándolo de los menores detalles y preparándolo como si estuviera destinado a alojar a un matrimonio de príncipes.

Un día mi madre me dijo:

—Currito te ha puesto en el Banco diez mil duros como base para que empieces a hacer hucha.

Yo, abrumada por tanta gentileza, sentía que mi amor para el torero iba en aumento; pero lo más gracioso es que ni uno ni otro nos atrevíamos a abordar el momento fatal. Mi madre, guardando una prudente y discreta neutralidad, rehuía abordar ciertos asuntos y estaba tan ganada como yo por Currito Montes. Mi novio adoraba al santo por la peana y tenía para mi madre tales respetos y atenciones, que realmente merecían el afecto con que ella correspondía.

Por fin un día, Curro y yo, encontrándonos solos, terminamos el diálogo en una forma pintoresca:

—Bueno, Angelita. ¿Es que vamos a estar *toa* la *vía* "así"?

—Hijo... yo... tú dirás...

—Chica, pues... por mí, cuando quieras...

—Eso no..., cuando tú digas...

El director artístico, consultado por mí,

me había prometido concederme ocho días de permiso para que pasásemos la luna de miel sin necesidad de tener yo que ir por el teatro. Yo pensaba que me iba a dar mucha vergüenza volver por el teatro al día siguiente del *suceso,* y el director, hombre amable y mundano, me dió la solución, concediéndome el permiso.

Realmente la unión mía con Currito tuvo todas las características de una boda, y menos la ceremonia de la iglesia, todo se celebró entre nosotros como si se hubiera tratado de un matrimonio auténtico.

Ahora bien, lo que retardaba el "momento" era nuestro temor a ver importunada nuestra luna de miel. A él le conocía todo el mundo, yo era la Polanco, y nuestra popularidad podría crearnos un conflicto. Pensamos en Barcelona; pero allí Curro era tan conocido y admirado como en Madrid. A

Sevilla no podíamos ir porque estaba la familia de él, y París estaba demasiado lejos. Además... ¡amarse a la francesa, qué horror! No, no; había que amarse a la española.

Por fin, después de meditarlo convenientemente, decidimos que fuese en Madrid, y antes de la semana de permiso concedida por el director. Daba la casualidad de que yo no trabajaba en *El príncipe Carlos,* la opereta últimamente estrenada; tampoco había ensayos, y decidimos adelantar los acontecimientos.

Currito presentóse en casa el día memorable vestido de negro, luciendo sus magníficos brillantes en la camisa, su buen reloj, sus soberbias sortijas, ni más ni menos que si tratara de casarse, y yo le esperaba en nuestro modesto piso de la calle de Colmenares, más roja que una amapola, sin saber

qué palabras decir ni siquiera atreverme a mirarle frente a frente. El también estaba azaradísimo, colorado como un tomate, y mi madre procuraba contener las lágrimas.

Eran las ocho de la nolhe, y él había venido a buscarme para que *por primera vez* en el tiempo de nuestras relaciones saliésemos solos a cenar. Como la situación era muy embarazosa, y ni Curro, que era un chiquillo; ni yo, que era una monigota, hacíamos otra cosa que mirarnos en silencio, mi madre, pasándose el pañuelo por los ojos, exclamó:

—Bueno, ¿a qué esperáis? ¿Os marcháis o no?

Yo entonces me abracé a mi madre y las dos rompimos a llorar copiosamente. Curro Montes también lloraba, y los tres permanecimos abrazados largo rato, confundiendo nuestras lágrimas.

Curro Montes dijo al oído a mi madre:

—Ya verá *usté* qué *felises* vamos a ser *tos,* porque yo quiero mucho a Angelita, y a *usté* también la quiero mucho, porque es *usté* muy buena.

—Yo sólo quiero que seáis los dos felices—contestó mi madre—, y que lleguéis a casaros algún día.

Yo entonces, para vencer aquella escena, cogí a Currito del brazo y le conduje hasta la puerta, seguidos por la criada.

Para no llamar la atención de mi vecindad, donde yo disfrutaba del excelente concepto que mi intachable conducta merecía, habíamos convenido en que la criada fuera con nosotros en el coche hasta alejarnos un poco del barrio. Al subir Currito y yo al "auto" que esperaba en la puerta de la calle, unos chiquillos que jugaban en el arroyo nos rodearon curiosamente, y uno de ellos, como

si hubiera adivinado algo, exclamó al arrancar el coche:

—¡Anda, Currito, cómo te vas a poner!...

La criada se apeó en la plaza de Bilbao, y Currito entonces suspiró gozosamente como un niño al cual entregan el juguete deseado.

—¡Ah! ¡Ya estamos solos!

—Eso es—repetí yo—. ¡Ya estamos solos!

—¿Qué bien, *verdá,* Angelita?

—Superior.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Lo que tú quieras.

—*Pos* mira. Primero vamos a ir a Casa de Tournié a encargar una cena estupenda *pa* que la tengan a las nueve, y mientras ponen la mesa, nosotros nos vamos a dar un paseo por la Cuesta de las *Perdises.* ¿Te *parese?*

—¿A mí? Muy bien. Lo que tú quieras.



D.

—Lo que tú quieras.

Encargamos la comida en Tournié, y el "auto" enfiló por la calle del Arenal arriba. Cuando pasábamos frente a la casa de Currito, que vivía en la plaza de Isabel II, me dijo:

—Oye, ¿no te *parese* que debíamos *subí* a mi casa para que la *conoscas?*

—¡Lo que tú quieras!

Paró el "auto", y mientras subíamos las escaleras advertí que me encontraba poseída del mismo miedo que la noche de mi debut como artista. Un miedo tonto, un miedo inexplicable, puesto que me encontraba al lado de un hombre que me amaba y al cual yo quería, y si iba a hacer algo grave, era sin perjuicio para nadie.

Currito me enseñó su casa, puesta con gran confort y gusto, y cogidos de la mano recorrimos juntos todas las estancias. Cuando yo me cansé de curiosear todo, me preguntó Currito ruborizado:

—Oye, ¿tú tienes ganas de comer?

—¿Yo? Ni pizca.

El miedo me había quitado el apetito, y a él le sucedía lo mismo por la intensidad de la emoción.

—Pues entonces vamos a telefonear a Tournié para que nos traigan aquí la cena más tarde. ¿No te *parese?* ¿Estás bien aquí?

—¿Yo? Divinamente. Con un miedo loco, pero nada más.

—¿Miedo a qué? ¿A mí, que te quiero tanto? ¡Ay, mi Angelita de mi *arma!*... ¡Con las ganas que yo tenía de pillarte a solas...

.....

.....

.....

.....

.....

.....

No tengo más remedio que poner aquí puntos suspensivos. Colocaremos seis ren-

glones simbólicos, y que el lector, si tiene interés en ello, reproduzca a su antojo la escena de mi debut como mujer. Yo no me atrevo, francamente, a hacerlo, por temor a herir susceptibilidades o incurrir en la furia de los perseguidores de la literatura galante.

Lo único que diré es que Currito hizo honor a su nombre y a su gloria, y que hubiera merecido la oreja si se concediera en estos casos.

Supo quitarme el miedo por unos procedimientos que no hubiesen fallado ni con la mujer más espantadiza.

IX

Después de aquella noche, que fué para mí el descubrimiento de un mundo nuevo de inefables sensaciones, atravesé por todos los colores del arco iris de la felicidad.

Me veía intensamente amada y deseada por el torero de moda—un torero que tenía el encanto de no parecerlo—. A mi vez, le adoraba, y como el éxito y la salud no nos faltaban al uno ni al otro, nuestra existencia se deslizaba plácida y dichosa, sin otros momentos desagradables que los que precedían a la celebración de una corrida.

Cuando toreaba en provincias, el primer

telefonema suyo lo recibía yo. Después me ponía una conferencia y detrás venía su consabida carta, repitiéndome: "No pases miedo, que a mí no me coge un toro, como no venga a buscarme a la fonda".

El día 1 de mayo de 1919 Currito manifestaba cansancio, ansiaba tranquilidad, y me dijo embriagándose de melancolía:

—Estoy aburrido de esta *vía*. Yo no *atoreo* más que tres años. Después nos casamos, compramos cuatro o cinco cortijos y unos automóviles, nos *hacemos* con tres o cuatro chiquillos, ¡y a vivir!...

Al salir para la plaza dijo a Rosario, la encargada de la custodia de su piso de la plaza de Isabel II:

—¡Qué poquitas ganas tengo hoy de toros!

Yo representaba *Las Verónicas*, y observé en el segundo acto que el público me mi-



... el primer telefonema suyo lo recibía yo.

raba cuchicheando y mis compañeras parecían querer ocultarme algo. Creí que se trataba de algo relacionado con la obra; pero en un momento en que me acerqué al palco de abonados, un amigo suyo me dijo por lo bajo:

—¡No ha sido más que un puntazo!

Sentí un mareo; pero tenía que cantar y lo hice con lágrimas en los ojos, y como el público sabía la noticia comprendió mi estado de ánimo, y aquel día me testimonió su simpatía dispensándome una cariñosa ovación.

En el entreacto hablé con el mozo de estoques, que me dijo:

—Se lo querían llevar a casa de Rodero para que lo cuidase la familia de don Joaquín; pero él ha dicho que prefería ir a la plaza de Isabel II para que le cuidase la señorita Angelita.

A la conclusión del tercer acto volé junto a mi chico, y entonces me enteré de que la herida era grave. Tenía fiebre y dormía; pero al sentir mi mano sobre su frente abrió los ojos y me envolvió en una mirada que era una caricia:

—He *vuerto*—murmuró—. Mal, pero he *vuerto*...

En el suelo, junto a su cama—la cama histórica—, me prepararon un lecho con mantas y capotes, y allí pasé la noche velando su sueño. Cada vez que él se despertaba, me preguntaba con voz débil:

—¿Estás ahí, Angelita?

—¡Sí, vida mía, aquí estoy!

Por la mañana, sin poderse apenas mover, me dijo al ver que yo me levantaba desprendiéndome de los capotes que me habían cubierto:

—Me *parese* que te has *vuerto* tú muy taurina...



—¡Sí, vida mía, aquí estoy!

Fuí su enfermera en la temporada que guardó cama, y durante la larga convalecencia no nos separamos un momento. Nuestro idilio estaba en su apogeo, y sólo pensábamos en querernos mucho y en que él se restableciera para reanudar nuestras locuras amorosas.

Por cierto que una noche en que él se encontraba aliviado, y yo tenía ensayo después de la función de la noche, convinimos en que yo dormiría en mi casa, y a poco más ocurre una catástrofe. Porque Currito había tenido relaciones amorosas con una célebre cupletista cuyo nombre no hace al caso, y ella, al enterarse, no sé por dónde, que aquella noche no iba yo a velar a Curro, se plantó a las tres de la mañana a ver al enfermo y le hizo una escena de lo más ridículo que cabe imaginar.

A Currito ya no le interesaba aquella in-

dividua; pero por galantería no pudo negarse a recibirla y ésta penetró en el cuarto de él, acompañada de su madre y de una perrita Lulú.

Currito desembarazóse como pudo de aquella intempestiva visita, y yo al tener conocimiento del hecho al día siguiente, armé una tremolina de mil demonios. Yo, demasiado sabía que la cupletista de marras perdía lastimosamente el tiempo, entre otras razones, porque con su relajada conducta había matado toda ilusión en Curro—espíritu especialmente romántico y enemigo de golferías—, y además me constaba que había ido con su madre y la perrita; pero de todas suertes me llevé un disgusto y se lo dí al pobre Currito, que después de todo no tenía nada que ver con la incorrección de la intrusa.

X

Nadie puede adivinar la intranquilidad en que vive la novia de un torero que, como Curro Montes, estaba tan encarnizadamente perseguido por las mujeres de las más opuestas clases sociales.

Le asediaban como tábanos, y él tenía que hacer verdaderas heroicidades para desprenderse de la interminable colección de histéricas, que a veces con su insensatez le creaban situaciones extravagantes.

En la misma casa de Curro, y en uno de los pisos superiores, vivía un conocido sastre de toreros, cuyo nombre dejaremos en

el incógnito. La esposa de éste era una arrogante buena moza, que no se distinguía por su fidelidad al marido, y cada vez que se encontraba en la escalera o en la portería con Currito, solía dedicarle unas miradas estilo Bertini, que hacían desternillarse de risa al pobre Curro. Era mujer de gran nariz, más cerca de los cuarenta años que de los treinta, y a mí me tenía el consiguiente asquito.

Una noche, sobre las nueve y media, en que Currito se disponía a salir a la calle para reunirse conmigo y cenar juntos, se encontró con una carta que le enviaba su vecina, la mujer del sastre, por conducto de una criada.

En la carta, la esposa del creador de modas taurinas, le suplicaba que subiera inmediatamente, pues tenía que hablarle de un asunto reservado. Curro, que no tenía las menores ganas de llegar tarde a su cita con-

migo, contestó a la sirviente que un asunto urgente e inaplazable le impedía subir en el acto, como su señora deseaba; pero que al día siguiente, por la tarde, subiría.

Al poco rato volvió la sirviente con otra carta de la Bertini de camelo, diciendo que no podía aguardar, y que, por favor, subiera en seguida, aunque sólo fuera unos minutos.

Ante la insistencia de su vecina, y por no desairar a una dama, Currito subió al departamento del sastre, y la mujer de las narices largas le introdujo en una camareta decorada con unas telas raras de llamativos colorines, perfumada con incienso y débilmente iluminada por la luz de una pantalla japonesa. En aquella penumbra misteriosa la vecina le aguardaba envuelta en una bata blanca, con todos los pelos sueltos y medio tendida sobre unos almohadones de colores.

Currito, al ver a su vecina en el mismo

plan de Doña Juana la Loca a las cinco semanas de su viudez, no se atrevía ni a mirarla a la cara, y ella entonces, con una entonación dramática digna de cualquier primera actriz, se acercó a él dando unos saltos rarísimos, y dijo que le había llamado para participarle que era muy desgraciada, porque el hombre con que estaba casada era un *alma* vulgar que *no la comprendía*. Ella estaba necesitada de alguien que *la comprendiese* y compartiera las ilusiones y las ansias de su corazón enardecido, que tan mal se avenía con la mediocridad de un esposo al cual detestaba por su espíritu y por su profesión.

Currito se hizo el sueco y trató de evadirse a unas confidencias tan poco interesantes, hechas en aquella camareta que parecía una barbería marroquí; pero de repente ella, tirándose de los pocos pelos que en realidad eran suyos, afirmó:

—¡Ah! ¡Qué fatalidad! ¡Ya está él aquí! ¡Acabo de oírle abrir la puerta! ¡Escóndase usted en seguida!

—¿Esconderme yo? ¿Pero por qué?—preguntó Currito, contrariado ante el rumbo que tomaban las cosas.

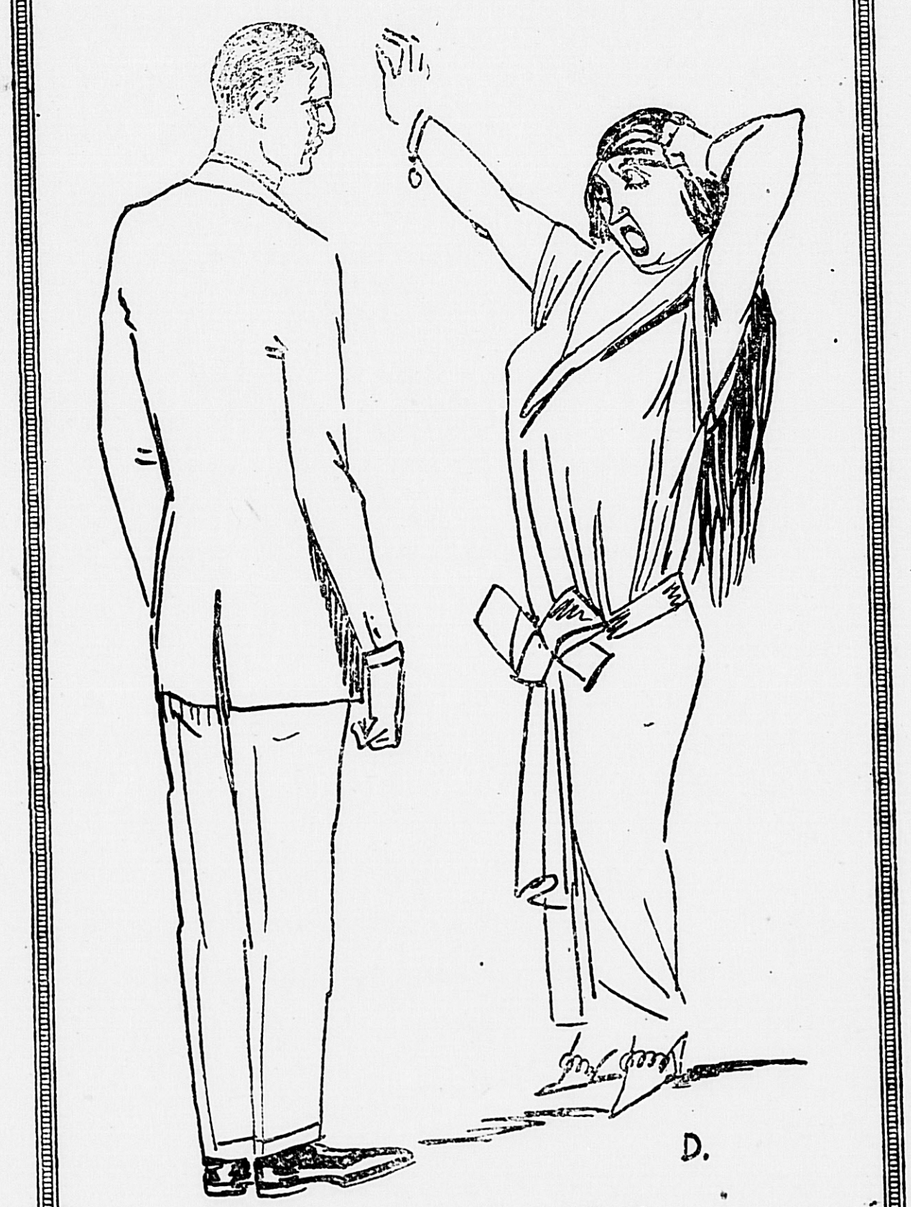
—Se lo ruego, por Dios, escóndase o estoy perdida.

A todo esto el sastre, que con su llave acababa de franquear la puerta de entrada a la casa, golpeaba la puerta del cuarto moro con los nudillos.

—¡Abre, Lola, que soy yo! ¿Por qué has echado el pestillo?

Al abrir ella al recién llegado, éste no pudo disimular su desagradable sorpresa al encontrarse a Curro, nervioso, y a ella con el pelo suelto y la bata elegantemente desabrochada.

—¡Ya te explicaré!—gimió ella con acento melodramático—. ¡Ah! ¡Qué horrible situación!



—¡Ah! ¡Qué fatalidad!

—¡Hombre, Curro!—exclamó el sastre encarándose con mi novio—. La verdad es que no esperaba esto de ti.

—¿Pero qué es esto de... *esto?* Si aquí no ha *pasao na.*

—Bueno. Vamos a bajar a tu casa, que necesito una explicación tuya cuanto antes.

—¡Todas las que tú quieras!—prometió Currito exaltado.

Una vez en el piso de Currito, éste le explicó a su amigo el sastre cuanto había sucedido, le mostró las cartas de la señora, se celebró un careo con la criada de ella, y Currito, que estuvo a punto de quedar como un *mal amigo* por causa del histerismo de la esposa del sastre, quedó en el lugar que debía.

Y como consecuencia, el cortador de taleguillas y su distinguida consorte celebraron una conferencia, cuyos golpes se oyeron

en la Puerta del Sol. Por cierto que algunas noches, mientras Currito y yo cenábamos en el comedor de su casa, la vecina nos ponía en el gramófono los discos de mis principales canciones, con lo cual nosotros nos tirábamos de risa a costa de la Bertini del piso de arriba.

También había otra artista de variedades que bebía los vientos por Currito y se hacía la encontradiza, le acuciaba y poco menos que le metía por los ojos su cacareada virginidad. Era una buena chica, que sin duda creía en la posibilidad de atrapar a Curro como marido; pero yo, que andaba con cien ojos, le estropeaba a ella todas las combinaciones y le malograba los trucos. No la guardo rencor, como tampoco a ninguna de las múltiples ilusas que intentaron desbaratar nuestro idilio. Estaba yo tan segura de su cariño y él me patentizaba tan sincera

pasión, que para demostrarme la falsedad de unas habladurías—no sé quién, por mortificarme, le atribuyó una novia formal en Sevilla—, nos fuimos allí los dos una semana y nos exhibimos juntos por todas partes.

Su carácter ingenuo, espléndido y jovial le animaba a gastarme bromas divertidísimas, como un día que, aprovechando mi ausencia, hizo traer a mi casa un soberbio gramófono, que escondió en una habitación próxima al comedor, y cuando estábamos cenando puso en funcionamiento un disco de *La señorita Voluptuosidad,* impresionado por mí, y me dijo:

—¿A que no sabes quién es ese grillo que canta?

Curro llenó de alegría mi nuevo hogar. La perversa oficial, la tiple seductora dotada de todos los peligros, tenía también, co-

mo el torero de moda, aficiones de burguesa. El y yo teníamos el alma en tiempo de vals, y gozábamos con pasatiempos infantiles. Currito toreaba a mi perro con una toalla; me daba unos deliciosos conciertos de pianola, donde mezclaba absurdamente *La danza macabra* con el *Fado Blanquita;* gastaba unas bromas a la criada que nos desternillábamos de risa, y a veces se escondía detrás de una cortina para darme un susto. Era un verdadero chiquillo, incapaz de querer mal a nadie, de causar ningún daño ni de sentir envidia. Su gran pasión eran los toros, y después, yo; pero yo en mi hogar, modesta y sencilla, sin los artificios de la escena. Empezó por amar a la artista; pero acabó enamorándose de la mujer. Conmigo fué muy generoso; pero siempre que me hacía algún obsequio o aumentaba los fondos de mi hucha, lo hacía con una deli-

cadeza insuperable. Yo he sido la única mujer con quien Currito se mostró verdaderamente rumboso, pues la mayoría de esas señoritas que, como la cupletista que se introdujo en la alcoba la noche que yo no fuí a velarle, presumen de tener joyas valiosas regaladas por Currito, mienten descaradamente. Se las compraban ellas y decían que eran obsequios del torero. El, con quien extremó las finezas y con quien no regateó atenciones, fué conmigo, como podría demostrar cumplidamente. No es que él intentara adquirir con ellas mi cariño, sino que, como él decía muy bien, no era lógico que siendo yo su novia y ganando él tanto dinero, no me obsequiase como yo me merecía. El sabía perfectamente que si yo hubiera querido entregarme al mejor postor, un aristócrata había, asiduo concurrente al teatro Frívolo, que se comprometía a dotarme con cincuenta mil duros.

Yo me entregué a Currito por cariño y porque supo conquistarme con amor. Habíamos nacido el uno para el otro. El me llevaba justamente un año de diferencia, y lo que pasó entre nosotros *estaba escrito*. Mi destino era ser suya, y lo fuí satisfechísima, orgullosa de aquella claudicación que me había transformado en una mujer.

XI

El trágico final de Curro Montes, muerto en la plaza de toros de Madrid, cuando ocupaba el puesto culminante entre los ases de la torería, cuando era el ídolo mimado por los públicos de toda España, fué el mazazo cruel que destrozó mis ilusiones y mi felicidad.

Durante varios días me pareció atravesar por un ensueño doloroso y alocado y temí que llegara a perturbarse mi razón. Todavía conservo en mis oídos el grito unánime de horror que resonó en la plaza al ver a Curro atravesado por el cuerno del

toro y caer pesadamente al suelo ensangrentado y pálido.

Fué una tragedia inevitable, que estremeció de espanto a los presentes y que me privó del sentido, manteniéndome inerte durante largo rato, sin que fueran suficientes a reanimarme los esfuerzos de mi madre y las personas que me rodeaban.

Yo, que nunca solía ir a ver torear a Currito, cometí aquella tarde la imprudencia de aceptar unas barreras, y bien caro pagué mi insensatez.

Cuando ya recobrada de mi desmayo me obstiné en ir a la enfermería, venciendo la oposición de mi madre, la cuadrilla de Curro se opuso a mi entrada alegando que mi presencia podría afectar al herido. Pero aquello sólo fué un pretexto, porque Curro estaba ya muerto y frío. Expiró en brazos de los monosabios que lo recogieron del suelo, murmurando débilmente:

—¡Madre mía! ¡Me muero!

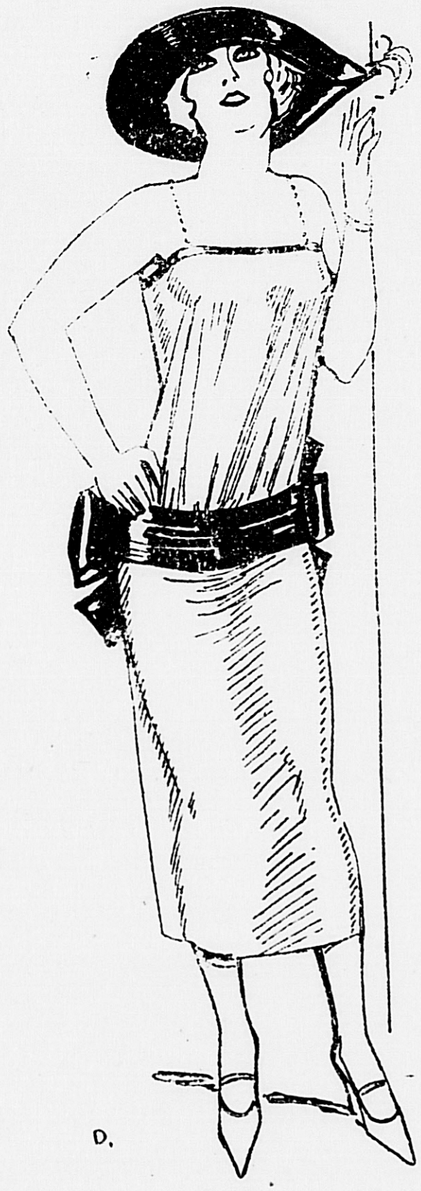
Ahora, al remover el recuerdo de aquellos días que siguieron a su entierro—fervorosa manifestación de cariño que el pueblo de Madrid dispensó a su torero favorito—, me parece que mi corazón intenta saltar del pecho oprimido por una indescriptible angustia.

Con Curro Montes acabó también mi verdadera juventud, el rayito azul del amor, todo lo que era mi sinceridad.

¡Ahora...!

Ahora la Vida, implacable, me ha exigido que renuncie a mi dolor, que olvide el luto de mi alma y que vuelva a ser la heroína de operetas galantes, el eterno diablo con faldas, avivador de anhelos voluptuosos.

Se duda de la intensidad de mi pasión por ese hombre que ha sido la ilusión de mi vida, y hasta de la fidelidad que he guarda-



Ahora la Vida, implacable, me ha exigido...

do a su amor, porque el público no comprende que una criatura que como yo ha de vivir forzosamente de agradarle, carece de derecho a sufrimiento.

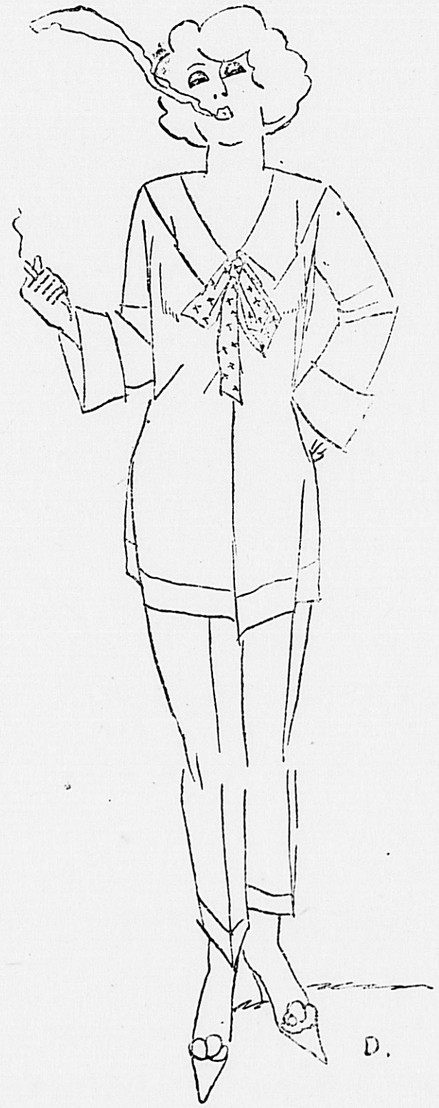
Estos mismos que hoy me critican la facilidad con que parezco haberme consolado, me tildarían de cursi si renunciase a agradar y cesara en mis locuras de tiple frívola. Unos piensan que yo no tengo corazón, que no lo he tenido nunca; otros, que reemplazo con una rapidez envidiable, y los otros, que mis demostraciones de cariño por él no pasaban de ser una comedieta tan divertida como las que represento en el escenario.

Pero pocos, muy pocos, adivinarán la terrible tragedia de la artista que, como yo, no tiene más remedio que imponerse a sus sentimientos, para no perder su aureola de madona del mal, que es el secreto de sus triunfos y la prosaica llave de la despensa.

Cuando como yo no se ha hecho vida galante sino en las tablas—que no es vida galante entregarse al hombre a quien se adora—, y se tiene por clase de trabajo cultivado una reputación tan lamentable como la mía, se siente a veces una gran melancolía advirtiéndose mal juzgada por la opinión, esa opinión que, al juzgarnos bien, dejaría de admirarnos y estimarnos.

Antes de abandonar España para actuar en Buenos Aires, yo he querido hilvanar estos renglones relatando lealmente la pintoresca historia de mi primer amor, al cual todavía no he substituído. Ese amor que me obliga a abandonar mi tierra, para ver si el cambio de ambiente y los nuevos panoramas ahuyentan la tristeza de mi espíritu.

El diablillo con faldas, la alegre tiple de opereta, deja España, porque aquí se mue-



re de pena, y atraviesa los mares confiada en que un amor nuevo y sereno alivie su infortunio, en que seguramente nadie creería a pesar de estas confidencias, en que he procurado ofrecer mi alma desnuda.

Alvaro Retana

Junio, 1923.

Revisado por las Censuras Militar y Cubernativa.

EL NUMERO ALMANAQUE

DE

LA NOVELA DE HOY

para 1925

está en preparación, y será, como en años anteriores, la más interesante, la más artística, la más leída entre todas las ediciones literarias del año 1924.

LA NOVELA DE HOY

La popularísima Revista, ÚNICA en su género—cosa bien fácil de comprobar preguntando en los puestos de venta—tiene contratada la exclusiva con los ilustres escritores

Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Joaquín Belda, «El Caballero Audaz», Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Wenceslao Fernández Flórez, Ramón Pérez de Ayala, Julio Camba, Rafael López de Haro, Alvaro Retana, Luis Araquistain, Juan Pérez Zúñiga, Vicente Díez de Tejada, Fernando Mora, Artemio Precioso, Alfonso Vidal y Planas y otros.

Lea usted, coleccione usted

LA NOVELA DE HOY

La mejor editada. :-: Los mejores autores y dibujantes. :-: Interesantes interviús. :-: La más popular.

TREINTA céntimos ejemplar.

En breve aparecerá

ROSA DE CARNE

(HISTORIA DE UN LIBRO ERÓTICO)

NOVELA POR

Artemio Precioso

Un tomo de más de 300 páginas, con ilustraciones de DEMETRIO lujosamente editado.

PEDIDOS A

La Novela de Hoy

CINCO pesetas ejemplar.

Los amantes de la buena literatu-
:-: :-: ra deben coleccionar :-: :-:

LA NOVELA DE NOCHE

la biblioteca más sugestiva y amena de cuantas se han publicado
:-: :-: :-: en España. :-: :-: :-:

° ° °

Obras inéditas de los principales autores, ilustradas por los más
:-: :-: eximios dibujantes. :-: :-:

° ° °

:-: :-: Coleccione usted :-: :-:

LA NOVELA DE NOCHE

UNA PESETA VOLUMEN

La Novela de Hoy

Muchas Gracias

La Novela de Noche

Editorial Atlántida

Calle de Mendizábal, 42.

APARTADO 473

Teléfono 24-53 J. MADRID

LA NOVELA DE HOY

NÚMEROS PUBLICADOS (1)

1 EL MOMENTO DIFÍCIL, por Pedro Mata.—Ilustraciones de *Ribas.*

2 LA CAZA DE LA MARIPOSA, por W. Fernández Flórez.—Ilustraciones de *Penagos.*

3 PANDORGA, por Ramón Pérez de Ayala.—Ilustraciones de *Ramos.*

4 GIORDANO O EL CUENTO DE LOS CINCO PERROS, por José Ortega Munilla.—Ilustraciones de *Zamora.*

5 EL AMIGO DE LA "CURRI", por Joaquín Belda.—Ilustraciones de *Robledano.*

6 EL VAGABUNDO INAPETENTE, por José M.ª Salaverría. EL PRIMER ABRAZO, por Artemio Precioso.—Ilustraciones de *Bartolozzi.*

7 LA CELADA, por Antonio de Hoyos y Vinent.—Ilustraciones de *R. Marín.*

8 VIDA Y RESURRECCIÓN, por Luis Araquistain. — Ilustraciones de *M. Ramos.*

9 LOS AMBIGUOS, por Alvaro Retana. — Ilustraciones de *R. Marín.*

10 LA MOCITA DEL COLLAR DE CEREZAS, por Fernando Mora. Ilustraciones de *A. Sánchez Felipe.*

11 LA SEÑORITA ESTATUA, por Cristóbal de Castro.—Ilustraciones de *Penagos.*

12 EL CAMILLERO DE LA LEGIÓN, por Carlos Micó.—Ilustraciones de *Varela de Seijas.*

13 EL DIABLO DE LOS OJOS VERDES, por Emilio Carrère.—Ilustraciones de *M. Ramos.*

14 EL PICADOR Y SU MUJERCITA, por Eugenio Noel. — Ilustraciones de *R. Marín.*

15 UN CRIMEN PASIONAL, por Alberto Valero Martín. — Ilustraciones de *Izquierdo Durán.*

16 POR SU PROPIA MANO, por "El Caballero Audaz". — Ilustraciones de *Penagos.*

17 COINCIDENCIA EXTRAÑA, por Rafael López de Haro.—Ilustraciones de *Ramos.*

18 BIARRITZ EN PYJAMA, por Joaquín Belda. — Ilustraciones de *Izquierdo Durán.*

19 EL FRUTO DE SU VIENTRE, por José Francés.—Ilustraciones de *Ochoa.*

20 GANÉMOSLE HOY..., por E. Barriobero y Herrán.—Ilustraciones de *M. Quintanilla.*

21 EL VENGADOR DE JULIANO, por Vicente Díez de Tejada.—Ilustraciones de *Ramos.*

22 LA GOTERA, por E. Gutiérrez Gamero.—Ilustraciones de *Varela de Seijas.*

23 UN VISIONARIO, por Marcelino Domingo.— Ilustraciones de *Ochoa.*

24 * LA DOBLE PASIÓN, por Artemio Precioso. — Ilustraciones de *Ramos.*

25 LA FAMILIA DEL DOCTOR PEDRAZA, por Vicente Blasco Ibáñez.—Ilustraciones de *Varela de Seijas.*

26 UÑA MUJER ESPIRITUAL, por Eduardo Zamacois. — Ilustraciones de *M. Quintanilla.*

27 UN IDILIO DE QUINCE DÍAS, por Alberto Insúa.—Ilustraciones de *Ribas.*

28 MIS MEMORIAS DE UNA NOCHE, por Joaquín Belda.—Ilustraciones de *Karikato.*

29 EL ENCANTO DE LA CAMA REDONDA, por Alvaro Retana.—Ilustraciones del mismo.

30 EL JUEGO DEL AMOR Y DE LA MUERTE, por Antonio de Hoyos y Vinent.—Ilustraciones de *Ramos.*

31 LA CASA DE PEPITA, por Alfonso Vidal y Planas.—Ilustraciones de *Riquer.*

32 LA MORAL DE LO INMORAL, por Augusto Martínez Olmedilla.—Ilustraciones de *Ochoa.*

33 * (Número-almanaque.)—BESTEZUELA DE PLACER, por "El Caballero Audaz".—Ilustraciones de *M. Ramos* y *Penagos.*

34 AMOR DE MUJER, por Guillermo Díaz-Caneja.—Ilustraciones de *R. Marín.*

35 EL SOL DE LOS MUERTOS, por Vicente Blasco Ibáñez.—Ilustraciones de *Ochoa.*

36 LA SIRENA FURIOSA, por Luis Araquistain. — Ilustraciones de *Ochoa.*

37 EL TERCER FAUSTO, por Alfonso Hernández-Catá.—Ilustraciones de *Riquer.*

38 LOS OJOS VERDES DE OTILIA, por Rafael López de Haro. Ilustraciones de *Varela de Seijas.*

39 LA FARSA VIVA, por "El Caballero Audaz".—Ilustraciones de *Ochoa.*

40 LA AVENTURA DE ROMA, por Margarita Nelken. — Ilustraciones de *Gil de Vicario.*

41 EL REGALO DE LA MUERTE, por Alberto Insúa.—Ilustraciones de *Varela de Seijas.*

42 LA HORA DEL PECADO, por Alvaro Retana. — Ilustraciones de *Antonio Juez.*

43 EL VIEJO DEL PASEO DE LOS INGLESES, por Vicente Blasco Ibáñez. — Ilustraciones de *Ramos.*

44 UNA HORA MALA LA TIENE CUALQUIERA, por Antonio de Hoyos y Vinent. — Ilustraciones de *Ochoa.*

45 MEMORIAS DE UN BUZO, por Joaquín Belda.—Ilustraciones de *Reyes.*

---

(1) Los señalados con un asterisco están agotados.

46 * Escuela de rebeldía, por Salvador Seguí, "Noy del Sucre".—Ilustraciones de *Ramos.*

47 El pecado pretérito, por R. Cansinos-Assens. — Ilustraciones de *Riquer.*

48 Al volver a la vida, por "El Caballero Audaz".—Ilustraciones de *M. Ramos.*

49 El abismo de la voluptuosidad, por Emilio Carrère. Ilustraciones de *Reyes.*

50 La divina pirueta, por Eduardo Zamacois. — Ilustraciones de *Ochoa.*

51 * Cuatro días en el infierno, por Alfonso Vidal y Planas. — Ilustraciones de *M. Ramos.*

52 Lolita, buscadora de emociones, por Alvaro Retana. Ilustraciones de *M. Redondo.*

53 Papá Saturno, por Cristóbal de Castro.—Ilustraciones de *Varela de Seijas.*

54 * La virgen casada, por Artemio Precioso.—Ilustraciones de *Ochoa.*

55 El ilustre Cardona, por W. Fernández Flórez. — Ilustraciones de *M. Ramos.*

56 El sultán de Recoletos, por Joaquín Belda.—Ilustraciones de *Linaje.*

57 La tristeza de sentirse gorda, por Fernando Mora.—Ilustraciones de *M. Ramos.*

58 El comediante Fonseca, por Vicente Blasco Ibáñez.—Ilustraciones de *Penagos.*

59 Doña Prudencia, mujer ligera, por Antonio de Hoyos y Vinent. — Ilustraciones de *Mansberger.*

60 El secreto de Hortensia, por R. López de Haro.—Ilustraciones de *Varela de Seijas.*

61 Las vendedoras de caricias, por Alvaro Retana.—Ilustraciones del mismo.

62 El signo de Siva, por V. Díez de Tejada.—Ilustraciones de *Ochoa.*

63 El mejor de los tres, por Alberto Insúa.—Ilustraciones de *Penagos.*

64 Odios salvajes, por Eduardo Zamacois. — Ilustraciones de *M. Ramos.*

65 Los locos de la calle, por Alfonso Vidal y Planas.—Ilustraciones de *Reyes.*

66 Luz Roja, por "El Caballero Audaz".—Ilustraciones de *Ochoa.*

67 El Padre Joselito, por Carlos Luis de Cuenca.—Ilustraciones de *Ramos.*

68 La que quiso ser libre, por Artemio Precioso. — Ilustraciones de *Demetrio.*

69 ...Y en la hora de la muerte..., por Antonio de Hoyos y Vinent.—Ilustraciones de *Redondo.*

70 Paz suprema, por Luis Araquistain.— Ilustraciones de *M. Ramos.*

71 El Centro de Mesa, por Joaquín Belda. — Ilustraciones de *Demetrio.*

72 Mi novia y mi novio, por Alvaro Retana. — Ilustraciones del mismo.

73 ¿Cuál...?, por "El Caballero Audaz".—Ilustraciones de *Ribas.*

74 La amazona, por Emilio Carrère.—Ilustraciones de *Varela de Seijas.*

75 ¡Soy del "Racing"!, por Fernando Mora.—Ilustraciones de *M. Ramos.*

76 El Destino, por Antonio de Hoyos y Vinent.—Ilustraciones de *M. Ramos.*

77 La buena estrella, por Fernando Luque. — Ilustraciones de *Robledano.*

78 La triste Adriana, por R. Pérez de Ayala.—Ilustraciones de *Bartolozzi.*

79 Doble crimen, por Rafael López de Haro.—Ilustraciones de *Quintanilla.*

80 El hijo del cura, por Vicente Díez de Tejada.—Ilustraciones de *M. Ramos.*

81 El vacío absoluto, por Eduardo Zamacois.—Ilustraciones de *Ochoa.*

82 La tragedia de Cornelio, por Alfonso Vidal y Planas.—Ilustraciones de *Sirio.*

83 Titina, segunda tiple, por Joaquín Belda.—Ilustraciones de *Sirio.*

84 La confesión de la duquesa, por Alvaro Retana — Ilustraciones de *Jues.*

85 (Número - almanaque.)—Un día de emociones, por Pedro Mata. — Ilustraciones de *Ribas.*

86 La pena de no ser hombre, por "El Caballero Audaz." — Ilustraciones de *Badrich.*

87 El fantasma, por W. Fernández Flórez. — Ilustraciones de *Sirio.*

88 La sombra del otro amor, por Antonio de Hoyos y Vinent. — Ilustraciones de *Ochoa.*

89 El prodigio de un amor, por Rafael López de Haro.—Ilustraciones de *Ochoa.*

90 La caricia de los brillantes, por Alberto Insúa.—Ilustraciones de *Ribas.*

91 Caza mayor, por Luis Araquistain. — Ilustraciones de *Ramos.*

92 Isabel-Clara, por Artemio Precioso.—Ilustraciones de *Demetrio.*

93 Carnaval, por Alvaro Retana. — Ilustraciones de *Jues.*

94 La que se murió de pena, por Alberto Valero Martín Ilustraciones de *Izquierdo Durán.*

95 Historia de un drama que no gustó, por Eduardo Zamacois.—Ilustraciones de *Vázquez Colleja.*

96 La hora buena, por "El Caballero Audaz". — Ilustraciones de *Penagos.*

97 Misterio de amor y de dolor, por V. Díez de Tejada Ilustraciones de *Varela de Seijas.*

98 Unos pasos de mujer, por W. Fernández Flórez. — Ilustraciones de *Bartolozzi.*

99 La casa de la Cruz, por Emilio Carrére —Ilustraciones de *Izquierdo Durán.*

100 Papeles de un loco, por Alfonso Vidal y Planas Ilustraciones de *Ochoa.*

101 El último amor de María de Magdalá, por Antonio de Hoyos y Vinent.—Ilustraciones de *Ochoa.*

102 La adúltera sin saberlo, por Fernando Mora. — Ilustraciones de *Varela de Seijas.*

103 El bebé de Bernabé por Joaquín Belda.—Ilustraciones de *Máximo Ramos.*

104 Los ratos buenos y malos de Gil, por Emiliano Ramírez Angel.—Ilustraciones de *Reyes.*

105 El matrimonio de Restrepo, por Julio Camba.—Ilustraciones de *Penagos.*

106 (Número extraordinario.) Flor del mal, por Alvaro Retana.—Ilustraciones de *Guillén.*

107 La flor de "La Rabadilla", por Juan Pérez Zúñiga.—Ilustraciones de *Xaudaró.*

108 El légamo de la tragedia, por Artemio Precioso. Ilustraciones de *Penagos.*

109 El maleficio amarillo, por Eduardo Zamacois.—Ilustraciones de *M. Ramos.*

110 Por qué no aplaudió Nelly, por Felipe Sassone.—Ilustraciones de *Penagos.*

111 El bebedor de lágrimas, por Emilio Carrère.—Ilustraciones de *Penagos.*

112 (Número extraordinario.) Humo en los ojos, por "El Caballero Audaz".—Ilustraciones de *Ochoa.*

113 Devoradora, por Juan Ferragut. — Ilustraciones de *Demetrio.*

114 Nadie lo vió, por Rafael López de Haro.—Ilustraciones de *Penagos.*

115 La sangre triunfante, por Alberto Insúa.—Ilustraciones de *Penagos.*

116 Una santa mujer, por Luis Araquistain. — Ilustraciones de *Izquierdo Durán.*

117 La hora del abandono, por Joaquín Belda.—Ilustraciones de *Garrido.*

118. El emigrante, por Eduardo Zamacois. — Ilustraciones de *Ochoa.*

119. Mi Divina Majestad, por Vicente Díez de Tejada. Ilustraciones de *Arribas.*

120. La virtud en el pecado, por Alvaro Retana. — Ilustraciones de *Juez.*

121. Venus fué a galeras, por Fernando Mora.—Ilustraciones de *Varela de Seijas.*

122. La jaula de los locos, por Emilio Carrère. — Ilustraciones de *Ochoa.*

123. Amor condicionado, por "El Caballero Audaz".—Ilustraciones de *Puig.*

124. El pecado de la inteligencia, por Antonio de Hoyos y Vinent.—Ilustraciones de *Baldrich.*

125. Los amantes de Cuenca, por Alfonso Vidal y Planas.—Ilustraciones de *Puig.*

126. El aderezo de esmeraldas, por E. Gutiérrez Gamero. — Ilustraciones de *Durán.*

La Novela de Noche

Oficinas: Mendizábal, 42.
MADRID
APÁRTADO 473

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
(PAGO ANTICIPADO)

ESPAÑA

Año..... 22 ptas.
Semestre..... 12 —

EXTRANJERO

Año..... 32 ptas.
Semestre..... 19 —

PORTUGAL Y AMÉRICA

Año..... 24 ptas.
Semestre..... 14 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal o sellos de correos.

Sucesores de Rivadeneyra

(S. A.

ARTES GRAFICAS

GRANDES TALLERES DE
IMPRENTA
LITOGRAFIA
ENCUADERNACION
ESTEREOTIPIA
GALVANOPLASTIA
FOTOGRABADO
MANIPULADOS
NOVEDADES
PARA
RECLAMOS
todo ello con los más modernos procedimientos.

Paseo de San Vicente, 20

TELEFONO J-376 **MADRID**

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

SUCES.ª DE RIVADENEYRA (S.A.) MADRID.